
Entrada libre

La historia hoy en día: dudas, desafíos, propuestas

Roger Chartier

Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, París. Traducción de María Teresa Solana, revisada por el autor.

Tiempos de incertidumbre”, “crisis epistemológica”, “momento crítico”: éstos son los diagnósticos, por lo general preocupados, que se han estilado estos últimos años sobre la historia. Basta recordar dos afirmaciones que abrieron el camino a una larga reflexión colectiva. Por un lado, aquélla propuesta por el editorial del número de marzo-abril de 1988 de los *Annales*, que expresaba: “Hoy, los tiempos parecen llenos de gran incertidumbre. La reclasificación de las disciplinas transforma el paisaje científico, vuelve a cuestionar las preeminencias establecidas, afecta las vías tradicionales por las cuales circulaba la innovación. Los paradigmas dominantes, que se buscaron en los marxismos o en los estructuralismos así como en los usos confiados de la cuantificación, pierden sus capacidades estructurales [...] La historia, que había establecido una buena parte de su dinamismo en una ambición federativa, no se ha salvado de esta crisis general de las ciencias sociales.”¹ Segunda constatación, totalmente diferente en sus razones pero similar en sus conclusiones: la apuntada por David Harlan en 1989 en un artículo en la *American Historical Review*, que suscitó una discusión que todavía continúa: “El retorno de la literatura ha sumido a los estudios históricos en una extendida crisis epistemológica. Ha cuestionado nuestra creencia en un pasado inmóvil y determinable, ha comprometido la posibilidad de la representación histórica y ha socavado nuestra habilidad para ubicarnos a nosotros mismos en el tiempo.”²

¿Qué indican estos diagnósticos que parecen tener algo de paradójico en un tiempo en que la edición de la historia muestra una hermosa vitalidad y una inventiva sostenida que se traducen en la continuación de grandes obras colectivas, en el lanzamiento de colecciones europeas, en el aumento en el número de traducciones, en el eco intelectual que se encuentra en algunas grandes obras? Ellos señalan, creo, esta gran mutación que representa para la historia la desaparición de los modelos de comprensión, de los

...los historiadores han querido restaurar el papel de los individuos en la construcción de los lazos sociales...

principios de inteligibilidad que habían sido comúnmente aceptados por los historiadores (o por lo menos por la mayoría de ellos) desde los años sesenta.

La historia conquistadora descansaba entonces en dos proyectos. Primero, en la aplicación al estudio de las sociedades antiguas o contemporáneas del paradigma estructuralista, abiertamente reivindicado o practicado implícitamente. Se trataba sobre todo de identificar las estructuras y las relaciones que, independientemente de las percepciones y de las intenciones de los individuos, se suponía que regían los mecanismos económicos, organizaban las relaciones sociales y engendraban las formas del discurso. De ahí la afirmación de una separación radical entre el objeto del conocimiento histórico en sí mismo y la conciencia objetiva de los actores.

Segunda exigencia: someter a la historia a los procedimientos del número y de la serie o, mejor dicho, inscribirla dentro de un paradigma del saber que Carlo Ginzburg, en un célebre artículo³, ha designado como "galileano". Se trataba, gracias a la cuantificación de los fenómenos, a la construcción de series y a los tratamientos estadísticos, de formular rigurosamente las relaciones estructurales que eran el objeto mismo de la historia. Al desplazar la fórmula de Galileo en *Il Saggiatore*, el historiador suponía que el mundo social "está escrito en lenguaje matemático" y él se consagraba a establecer sus leyes.

Los efectos de esta doble revolución de la historia, estructuralista y "galileana" no han sido pobres. Gracias a ella la disciplina se alejó de una mera cartografía de particularidades y de un simple inventario, jamás logrado después de todo, de casos o de hechos singulares. Pudo, asimismo, restablecer la ambición que fundamentó a principios de siglo a la ciencia social, particularmente en su versión sociológica y durkheimiana: a saber, identificar las estructuras y las regularidades, formular, por consiguiente, relaciones generales.

Al mismo tiempo la historia se liberaba de la "pobre idea de la realidad" —la expresión es de Michel Foucault— que la habitó durante mucho tiempo y que consideraba que los sistemas de relaciones que organizan el mundo social son tan "reales" como los datos materiales, físicos, corporales, tomados de la inmediatez de la experiencia sensible. Esta nueva historia estaba, pues, fuertemente anclada, más allá de la diversidad de los objetos, de los territorios y de las maneras, en los principios mismos que dirigían las ambiciones y las conquistas de las otras ciencias sociales.

En los diez últimos años, son estas certidumbres, compartidas ampliamente durante mucho tiempo, las que han vacilado. Sensibles a los nuevos enfoques antropológicos o sociológicos, los historiadores han querido restaurar el papel de los individuos en la construcción de los lazos sociales, de donde surgen múltiples desplazamientos fundamentales: de estructuras a redes, de sistemas de posición a situaciones vividas, de normas colectivas a estrategias singulares. La "microhistoria", primero italiana y luego española,⁴ ha proporcionado la traducción más viva de la transformación del paso histórico inspirado por el recurso a los modelos

interaccionistas o etnometodológicos. Diferenciada radicalmente de la monografía tradicional, la microhistoria intenta reconstruir, a partir de una situación particular, normal en tanto excepcional, la manera en que los individuos producen el mundo social, por sus alianzas y sus enfrentamientos, a través de las dependencias que los unen o los conflictos que los oponen. El objeto de la historia no son más las estructuras y los mecanismos que rigen, fuera de toda posición subjetiva, las relaciones sociales, sino las racionalidades y las estrategias que ponen en práctica las comunidades, los parentescos, las familias, los individuos.

Se afirmó, así, una forma inédita de historia social, centrada en las desviaciones y discordancias existentes, por una parte, entre los diferentes sistemas de normas de una sociedad y, por la otra, al interior de cada uno de ellos. La mirada se desplazó de las reglas impuestas a sus usos imaginativos, de las conductas obligadas a las decisiones permitidas por los recursos propios de cada uno: su poder social, su fuerza económica, su acceso a la información. Habituada a reconocer de jerarquías y a construir colectivos (categorías socioprofesionales, clases, grupos), la historia de las sociedades se dio nuevos objetos, que fueron estudiados a pequeña escala. Es el caso con la biografía ordinaria, puesto que, como ha escrito Giovanni Levi, "Ningún sistema normativo está, de hecho, tan estructurado para eliminar toda posibilidad de elección consciente. Creo que la biografía constituye, en estos términos, el lugar ideal para verificar el carácter intersticial —no menos importante— de la libertad de que disponen los agentes, como para observar la forma en la cual funcionan concretamente los sistemas normativos que no están nunca exentos de contradicciones."⁶ Es el caso, también, con la reconstrucción de los procesos dinámicos (negociaciones, transacciones, intercambios, conflictos, etcétera) que trazan de manera móvil, inestable, las relaciones sociales al tiempo que perfilan los espacios abiertos a las estrategias individuales. Jaime Contreras lo expresa muy bien en su reciente libro *Sotos contra Riquelmes*: "Los grupos no anulaban a los individuos y la objetividad de las fuerzas de aquellos no impedía ejercer una trayectoria personal. Las familias [...] desplegaron sus estrategias para ampliar sus esferas de solidaridad y de influencia, pero sus hombres, individualmente, también jugaron su papel. Si la llamada de la sangre y el peso de los linajes eran intensos, también lo eran el deseo y las posibilidades de crear espacios personales. En aquel drama que creó el fantasma de la herejía —una 'creación' personal de un inquisidor ambicioso—, se jugaron, en duro envite, intereses colectivos y aun concepciones diferentes del propio mundo, pero también cada individuo pudo reaccionar personalmente desde su propia *tramazón* original."⁶

Una segunda razón ha quebrantado las viejas certidumbres: la toma de conciencia de los historiadores de que su discurso, cualquiera que sea la forma, es siempre una narración. Las reflexiones pioneras de Michel de Certeau,⁷ el gran libro de Paul Ricoeur⁸ y, más recientemente, la aplicación a la historia de una "poética del saber" que tiene por objeto, según la definición de Jacques Rancière, "la reunión de los procedimientos literarios por los cuales un

El objeto de la historia no son más las estructuras y los mecanismos que rigen, fuera de toda posición subjetiva, las relaciones sociales, sino las racionalidades y las estrategias que ponen en práctica las comunidades, los parentescos, las familias, los individuos.



...toda historia, incluso la menos narrativa, aun la más estructural, está construida siempre a partir de fórmulas que gobiernan la producción de los relatos.

discurso se sustrae a la literatura, se otorga un estatuto de ciencia y lo significa",⁹ los han obligado, de buena o mala gana, a reconocer la pertenencia de la historia al género de la narración —entendido en el sentido aristotélico de "poner en intriga las acciones representadas". La afirmación no fue fácil de aceptar para aquellos que, al negar la historia de sucesos en favor de una historia estructural y cuantificada, pensaban que habían terminado con las falsas apariencias de la narración y con la muy grande y dudosa proximidad entre la historia y la fábula. Entre una y otra la ruptura parecía sin remedio: en el lugar que ocupaban los personajes y los héroes de los antiguos relatos, la "nueva historia" colocaba entidades anónimas y abstractas; el tiempo espontáneo de la conciencia era sustituido por una temporalidad construida, jerarquizada, articulada; al carácter autoexplicativo de la narración, aquella oponía la capacidad explicativa de un conocimiento controlable y verificable.

En *Temps et récit* (Tiempo y narración), Paul Ricoeur muestra cuán ilusoria era esta proclamada censura. En efecto, toda historia, incluso la menos narrativa, aun la más estructural, está construida siempre a partir de fórmulas que gobiernan la producción de los relatos. Las entidades que manejan los historiadores (sociedad, clases, mentalidades, etcétera) son "cuasi personajes", dotados implícitamente de propiedades que son las de los héroes singulares o de los individuos ordinarios que conforman las colectividades que designan las categorías abstractas. Por otra parte, las temporalidades históricas sostienen una gran dependencia en relación con el tiempo subjetivo: en soberbias páginas Ricoeur demuestra cómo *El Mediterráneo en tiempos de Felipe II* de Braudel descansa, en el fondo, sobre una analogía entre el tiempo del mar y el del rey, y cómo la larga duración no es más que una modalidad particular derivada de la puesta en intriga de los acontecimientos. Finalmente, los procedimientos explicativos de la historia continúan sólidamente anclados a la lógica de la imputación causal singular, es decir, al modelo de comprensión que, en lo cotidiano o en la ficción, permite dar cuenta de las decisiones y de las acciones de los individuos.

Un análisis así, que inscribe a la historia en la categoría de los relatos y que identifica los parentescos fundamentales que unen a todos los relatos, ya sean de historia o de ficción, tiene muchas consecuencias. La primera permite considerar como una pregunta mal planteada el debate surgido por el supuesto "resurgimiento de la narrativa" que, por cierto, habría caracterizado a la historia en estos últimos años. ¿Cómo podría, en efecto, haber "retorno" o reencuentro allí donde no hubo ni partida ni abandono? Existe la mutación pero ésta es de otro orden. Tiene que ver con la preferencia recientemente otorgada a ciertas formas de relatos en detrimento de otros, más clásicos. Por ejemplo, los relatos biográficos entrecruzados por la microhistoria no emplean las mismas figuras o las mismas construcciones que los grandes "relatos" estructurales de la historia global o que los "relatos" estadísticos de la historia serial.

De los anterior surge una segunda proposición: la necesidad de identificar las propiedades específicas del relato de historia en

relación con los otros. Estas tienden, primero, a la organización “en capas” u “hojaldrado” (como escribió Michel de Certeau) de un discurso que comprende en sí mismo, bajo la forma de citas que son otro tanto efectos de realidad, los materiales que lo sustentan y por los cuales espera producir la comprensión. Ellas tienden, igualmente, a los procedimientos de acreditación específicos gracias a los cuales la historia muestra y garantiza su estatuto de conocimiento verdadero. Todo un grupo de trabajos, inscritos en la “crítica literaria a la americana”, se consagró, así, a descubrir las formas a través de las cuales se da el discurso de la historia. La empresa entraña diferentes proyectos, unos dedicados a establecer taxonomías y tipologías universales, otros a reconocer las diferencias localizadas e individuales.

En el primer lado podemos colocar la tentativa de Hayden White, que apunta a identificar las figuras retóricas que gobiernan y constriñen *todos* los modos posibles de la narración y de la explicación históricas —a saber, los cuatro tropos clásicos: metáfora, metonimia, sinécdoque y, con un estatuto particular, “metantropológico”, la ironía.¹⁰ Es una misma investigación de constantes —constantes antropológicas (aquellas que constituyen las estructuras temporales de la experiencia) y constantes formales (aquellas que gobiernan los modos de representación y de narración de las experiencias históricas)— lo que lleva a Reinhart Koselleck a distinguir tres tipos de historia: la historia-notación (*Aufschreiben*),¹ la historia-acumulativa (*Fortschreiben*), la historia-reescritura (*Umschreiben*).¹¹

En el segundo lado, el de la poética del saber sensible a las diferencias y a las desviaciones, colocaremos los trabajos que, como el libro reciente de Philippe Carrard *Poetics of the New History*¹² identifican como diferentes a historiadores, miembros de una misma “escuela” o de un mismo grupo, movilizan de manera muy diversa las figuras de la enunciación, la proyección o la desaparición del yo en el discurso del saber, el sistema de los tiempos verbales, la personificación de las entidades abstractas, las modalidades de la prueba: citas, tablas, gráficas, series cuantitativas, etcétera.

Zarandeada por sus certidumbres bien aferradas, la historia se ha visto también confrontada por muchos desafíos. El primero, lanzado en diferentes modalidades, incluso contradictorias, de una y otra parte del Atlántico, quiere romper todo nexo entre la historia y las ciencias sociales. En los Estados Unidos el asalto ha tomado la forma del “linguistic turn” (giro lingüístico) que, en estricta ortodoxia saussuriana, considera al lenguaje como un sistema cerrado de signos cuyas relaciones producen ellas mismas la significación. La construcción del sentido está asimismo separada de toda intención o de todo control subjetivos, ya que ésta se encuentra asignada a un funcionamiento lingüístico automático e impersonal. La realidad no se debe pensar como una referencia objetiva, exterior al discurso, puesto que está constituida por y en el lenguaje. John Toews ha designado claramente (sin aceptarla) esta posición radical por la cual “el lenguaje es concebido como un sistema autocontenido de ‘signos’ cuyos significados están determinados por sus relaciones con cada uno, más que por su relación con algún

...la tentativa de Hayden White apunta a identificar las figuras retóricas que gobiernan y constriñen todos los modos posibles de la narración y de la explicación históricas.



Los historiadores (lo que soy yo) para los que continúa siendo esencial la pertenencia de la historia a las ciencias sociales... consideran ilegítima la reducción de las prácticas constitutivas del mundo social a los principios que gobiernan los discursos.

objeto o sujeto 'trascendental' o extralingüístico" —una posición que considera que "la creación de significado es impersonal, opera 'a espaldas' de los usuarios del lenguaje cuyas acciones lingüísticas pueden escasamente ejemplificar las reglas y los procedimientos de los lenguajes que habitan pero no controlan".¹³ Las operaciones historiadoras más habituales se encuentran, desde ese momento, sin objeto, comenzando por las distinciones fundadoras entre texto y contexto, entre realidades sociales y expresiones simbólicas, entre discurso y prácticas no discursivas. De donde resulta, por ejemplo, el doble postulado de Keith Baker, que aplica el "linguistic turn" a los problemas de los orígenes de la Revolución francesa: por una parte, los intereses sociales no tienen ninguna exterioridad en relación con el discurso puesto que ellos constituyen "una construcción política y simbólica", y no "una realidad preexistente"; por otra parte, todas las prácticas deben estar comprendidas en el orden del discurso porque "todas las afirmaciones que tratan de delimitar el campo del discurso en relación con las realidades sociales no discursivas que yacen más allá de él, invariablemente apuntan a un dominio de acción que está en sí mismo constituido discursivamente. Distinguen, en efecto, entre diferentes prácticas discursivas —diferentes juegos de palabras— más que entre fenómenos discursivos y no discursivos".¹⁴

Del lado francés el desafío, tal como lo hemos visto cristalizar en los debates que se han suscitado en torno a la interpretación de la Revolución francesa, ha adoptado una forma inversa. Lejos de postular la automaticidad de la producción del sentido, más allá o de este lado de las voluntades individuales, ha puesto énfasis, al contrario, en la libertad del sujeto, en la parte reflexiva de la acción, en las construcciones conceptuales. De golpe se niegan los pasos clásicos de la historia social que pretendía identificar las determinaciones no conocidas que gobernaban los pensamientos y las conductas. De golpe se afirma la primacía de lo político, comprendida como el nivel más englobador y el más revelador de toda sociedad. Es este nexo el que Marcel Gauchet pone en el centro del reciente cambio de paradigma que él cree discernir en las ciencias sociales: "Lo que parece bosquejarse en el fondo de la problematización de la originalidad moderna, es una recomposición del propósito de una historia total. Conforme a dos ejes: por incorporación, a través de lo político, a una clave nueva para la arquitectura de la totalidad, y por absorción, en función de esta obertura, de la parte reflexiva de la acción humana, de las filosofías más elaboradas a los sistemas de representación más difusos."¹⁵

Los historiadores (lo que yo soy) para los que continúa siendo esencial la pertenencia de la historia a las ciencias sociales han estado tentados de responder a esta doble, y a veces áspera, interpelación. En contra de las formulaciones del "linguistic turn" o del "semiotic challenge" (desafío semiótico), de acuerdo con la expresión de Gabrielle Spiegel,¹⁶ consideran ilegítima la reducción de las prácticas constitutivas del mundo social a los principios que gobiernan los discursos. Reconocer que la realidad pasada no es accesible (a menudo) más que a través de textos que intentan organizarla, someterla o representarla no es, sin embargo, postular

la identidad entre dos lógicas: de una parte, la lógica logocéntrica y la hermenéutica que gobiernan la producción de los discursos; de la otra, la lógica práctica que regula las conductas y las acciones. De esta irreductibilidad de la experiencia al discurso, toda historia debe tenerse en cuenta cuidándose de un uso incontrolado de la categoría de "texto", instrumento a menudo aplicado a las prácticas (ordinarias o ritualizadas) cuyas tácticas y procedimientos no son en nada parecidos a las estrategias discursivas. Conservar la distinción entre unas y otras es el único medio para evitar "hacer pasar al principio de la práctica de los agentes la teoría de que debe construirse para justificarla", según la fórmula de Pierre Bourdieu.¹⁷

Por otro lado, debemos constatar que la construcción de los intereses por los discursos está en sí misma socialmente determinada, limitada por los recursos desiguales (de lenguaje, conceptuales, materiales, etcétera) de que disponen aquellos que la producen. Esta construcción discursiva remite por tanto necesariamente a las posiciones y a las propiedades sociales objetivas, exteriores al discurso, que caracterizan a los diferentes grupos, comunidades o clases que constituyen el mundo social.

En consecuencia, el objeto fundamental de una historia que apunte a reconocer la forma en la que los actores sociales dan sentido a sus prácticas y a sus discursos me parece que reside en la tensión entre las capacidades inventivas de los individuos o de las comunidades y las coacciones, las normas, las convenciones que limitan —más o menos fuertemente según su posición en las relaciones de dominación— aquello que les es posible pensar, enunciar y hacer. La constatación vale por una historia de obras letradas y de producciones estéticas siempre inscritas en el campo de las posibilidades que las hacen pensables, comunicables y comprensibles —y no se puede menos que estar de acuerdo con Stephen Greenblatt cuando afirma que "la obra de arte es el producto de una negociación entre un creador o una clase de creadores y las instituciones y las prácticas de una sociedad".¹⁸ Pero la afirmación vale también para una historia de las prácticas ordinarias, que son también invenciones de sentido limitadas por las determinaciones múltiples que definen, para cada comunidad, los comportamientos legítimos y las normas incorporadas.

Contra el "retorno a lo político", pensado en una autonomía radical, se debe, me parece, colocar al centro del trabajo histórico las relaciones, complejas y variables, establecidas entre, por un lado, los modos de la organización y del ejercicio del poder en una sociedad dada, y por otra, las configuraciones sociales que hacen posible esta forma política y que son engendradas por ella. Es así como la construcción del Estado absolutista supone una diferenciación fuerte y previa de las funciones sociales, al mismo tiempo que exige perpetuación (gracias a diversos dispositivos de los cuales el más importante es la sociedad de la corte) del equilibrio de las tensiones que existen entre los grupos sociales dominantes y los rivales.

Contra el retorno a la filosofía del sujeto que acompaña o funda el retorno a lo político, la historia, entendida como una ciencia so-

...el objeto fundamental de una historia que apunte a reconocer la forma en la que los actores sociales dan sentido a sus prácticas y a sus discursos me parece que reside en la tensión entre las capacidades inventivas de los individuos o de las comunidades y las coacciones, las normas, las convenciones que limitan... aquello que les es posible pensar, enunciar y hacer.



Las obras no poseen un sentido estable, universal, petrificado. Están revestidas de significados plurales y móviles, están construidas en la negociación entre una proposición y una recepción...

cial, recuerda que los individuos están siempre ligados por dependencias recíprocas, aparentes o invisibles, que dan forma y estructuran su personalidad y que, de esta manera, definen, en sus modalidades sucesivas, las formas de la afectividad y de la racionalidad. Se entiende desde entonces la importancia otorgada por muchos historiadores a una obra durante mucho tiempo desconocida, cuyo proyecto fundamental es justamente articular, dentro de la larga duración, la construcción del Estado moderno, las modalidades de las interdependencias sociales y las figuras de la economía psíquica: la de Norbert Elias.¹⁹

El trabajo de Elias permite articular particularmente los dos significados que siempre se embrollan en el uso del término cultura tal como lo manejan los historiadores. El primero designa las obras y los gestos que, en una sociedad, determinan el juicio estético o intelectual. El segundo apunta hacia las prácticas ordinarias, "sin cualidades", que tejen la trama de las relaciones cotidianas y expresan la manera en la que una comunidad, en un tiempo y lugar dados, vive y reflexiona su relación con el mundo y con la historia. Pensar históricamente las formas y las prácticas culturales es, entonces, dilucidar necesariamente las relaciones sustentadas por estas dos definiciones.

Las obras no poseen un sentido estable, universal, petrificado. Están revestidas de significados plurales y móviles, están construidas en la negociación entre una proposición y una recepción, en el reencuentro entre las formas y los motivos que les dan su estructura y sus competencias y las expectativas de los públicos de los que se adueñan. Ciertamente, los creadores, o las autoridades, o los "clérigos" (ya sean o no de la Iglesia), siempre aspiran a fijar el sentido y a enunciar la interpretación correcta que debe constreñir a la lectura (o a la mirada). Pero siempre, también, la recepción inventa, desplaza, distorsiona. Producidas en una esfera específica, en un campo que tiene sus reglas, sus convenciones, sus jerarquías, las obras se escapan y adquieren densidad al peregrinar, a veces en muy larga duración, a través del mundo social. Descifradas a partir de esquemas mentales y afectivos que constituyen la cultura propia (en el sentido antropológico) de las comunidades que las reciben, se transforman a cambio de un recurso para pensar lo esencial: la construcción del lazo social, la conciencia de sí, la relación con lo sagrado.

A la inversa, todo gesto creador inscribe en sus formas y en sus temas una relación con las estructuras fundamentales que, en un momento y en un sitio dados, conforman la distribución del poder, la organización de la sociedad o la economía de la personalidad. Pensado (pensándose como un demiurgo), el artista, el filósofo o el sabio inventan, sin embargo, bajo coacción. Coacción en relación con las reglas (de patronazgo, de mecenazgo, de mercado, etcétera) que definen su condición. Coacción más fundamental todavía en relación con las determinaciones ignoradas que habitan cada obra y que hacen que ésta sea concebible, transmisible, comprensible. Aquello que toda historia debe pensar es, por tanto, indisociablemente, la *diferencia* por la cual todas las sociedades han, en figuras variables, separado de lo cotidiano un dominio particular

de la actividad humana, y las *dependencias* que inscriben de múltiples maneras la invención estética e intelectual en sus condiciones de posibilidad.

Así, firmemente anclada en las ciencias sociales, la historia no puede, por tanto, evitar otro desafío: superar el enfrentamiento estéril entre, de un lado, el estudio de las posiciones y de las relaciones y, del otro, el análisis de las acciones y de las interacciones. Superar esta oposición entre “física social” y “fenomenología social” exige la construcción de nuevos espacios de investigación en los que la definición misma de los planteamientos obligue a inscribir los pensamientos claros, las intenciones individuales, las voluntades particulares, en los sistemas de coerción colectivos que, a la vez, los hacen posibles y los refrenan. Los ejemplos de estas reparticiones novedosas serían múltiples y en ellas se articulan necesariamente estructuras objetivas y representaciones subjetivas; de esta manera, se ha constituido un espacio de trabajo que anuda crítica textual, historia del libro y sociología cultural. Este cruzamiento inédito de tradiciones disciplinarias y nacionales muy diversas (la historia literaria en sus diferentes definiciones, la *bibliography* a la manera anglosajona, la historia social de la escritura tal como la practican los paleógrafos italianos, la historia socio-cultural en la tradición de los *Annales*) tiene una postura fundamental: comprender cómo la lectura particular e imaginativa de un lector singular está contenida en una serie de determinaciones: ya sean los efectos de sentido enfocados por los textos a través de los dispositivos mismos de una escritura, las coacciones impuestas por las formas que transmiten estos textos a sus lectores (o a sus auditorios), o las capacidades o convenciones de lectura propias de cada “comunidad de interpretación”.

Un acercamiento cuyo rasgo principal es trastornar las fronteras canónicas se encuentra en muchos otros campos de la investigación, como en los estudios sobre la ciudad, sobre los procesos educativos, sobre la construcción de los saberes científicos. Este acercamiento recuerda que las producciones intelectuales y estéticas, las representaciones mentales, las prácticas sociales, están siempre gobernadas por mecanismos y dependencias desconocidos por los sujetos mismos. Es a partir de tal perspectiva como se debe comprender la relectura histórica de los clásicos de las ciencias sociales (Elias, pero también Weber, Mauss, Halbwachs, Durkheim) y la importancia recobrada, a expensas de las nociones habituales de la historia de las mentalidades, de un concepto como el de *representación*. Este permite, en efecto, designar y enlazar tres grandes realidades: primero, las representaciones colectivas que incorporan en los individuos las divisiones del mundo social y que organizan los esquemas de percepción y de apreciación a partir de las cuales éstos clasifican, juzgan y actúan; después, las formas de exhibición del ser social o del poder político, tales que, por la imagen, el rito o lo que Weber llamaba la “estilización de la vida”, signos y “actuaciones” simbólicas las dejan ver; finalmente, la “presentificación” en un representante (individual o colectivo, concreto o abstracto) de una identidad o de un poder dotado asimismo de continuidad o de estabilidad.

...la lectura particular e imaginativa de un lector singular está contenida en una serie de determinaciones...



...se ha definido una historia de las modalidades del hacer-creer y de formas de la creencia que es antes que nada una historia de las relaciones de fuerza simbólicas, una historia de la aceptación o del rechazo de los dominados hacia los principios inculcados...



Numerosos son los trabajos de historia que han manejado recientemente esta triple definición de la representación. Hay dos razones para ello. Por una parte, el retroceso de la violencia que caracteriza a las sociedades occidentales entre la Edad Media y el siglo XVIII y que resulta en la tendencia a la confiscación por parte del estado del monopolio sobre el empleo legítimo de la fuerza, lo que hace que los enfrentamientos sociales basados en las confrontaciones directas, brutales, sangrientas, cedan cada vez más el lugar a luchas que tienen por armas y por objetos las representaciones. Por la otra está el crédito otorgado (o negado) a las representaciones que éstas proponen de ellas mismas, que dependen de la autoridad de un poder o de la fuerza de un grupo. Sobre el terreno de las representaciones de un poder con Louis Marin,²⁰ sobre aquél de la construcción de las identidades sociales o culturales con Bronislaw Geremek²¹ y Carlo Ginzburg,²² se ha definido una historia de las modalidades del hacer-creer y de formas de la creencia que es antes que nada una historia de las relaciones de fuerza simbólicas, una historia de la aceptación o del rechazo de los dominados hacia los principios inculcados, hacia las identidades impuestas que apuntan a asegurar y perpetuar su sujeción.

Una cuestión así está en el centro de una historia de las mujeres que da gran importancia a los dispositivos de la violencia simbólica que, como escribe Pierre Bourdieu, "no tiene éxito más que cuando aquel que la experimenta contribuye a su eficacia; que no la constriñe más que en la medida en la que está predispuesto por un aprendizaje previo a *reconocerla*".²³ Constantemente, la construcción de la identidad femenina se arraiga en la interiorización de parte de las mujeres de las normas enunciadas por los discursos masculinos. Un objeto mayor de la historia de las mujeres es, pues, el estudio de los dispositivos, desplegados sobre registros múltiples, que garantizan (o deben garantizar) que las mujeres acepten las representaciones dominantes de la diferencia entre los sexos: igualmente la inferioridad jurídica, la inculcación escolar de los roles sexuales, la división del trabajo y del espacio, la exclusión de la esfera pública, etcétera. Lejos de apartar de la realidad y de no señalar más que a las figuras del imaginario masculino, las representaciones de la inferioridad femenina, incansablemente repetidas y mostradas, se inscriben en los pensamientos y en los cuerpos de unos y de otros, de unas y de otras. Pero una incorporación tal de la dominación no excluye, ni mucho menos, posibles desviaciones y manipulaciones que, por la apropiación femenina de modelos y de normas masculinos, transformen en instrumento de resistencia y en afirmación de identidad las representaciones forjadas para asegurar la dependencia y la sumisión.

Reconocer así los mecanismos, los límites y, sobre todo, los usos del consentimiento, es una buena estrategia para corregir y el privilegio otorgado durante mucho tiempo por la historia a las "víctimas o rebeldes", "activas o actrices de su destino", a expensas "de las mujeres pasivas, que se considera que aceptan demasiado fácilmente su condición, cuando justamente la cuestión del consentimiento es nodal en el funcionamiento de un sistema de poder, ya sea social y/o sexual".²⁴ Las fisuras que agrietan la dominación

masculina no adoptan todas la forma de rompimientos espectaculares ni se explican siempre por la irrupción de un discurso de negación y de rebelión. Estas nacen a menudo al interior del consentimiento mismo, reutilizando el lenguaje de la dominación para señalar una insumisión.

Definir la sumisión impuesta a las mujeres como una violencia simbólica ayuda a comprender cómo la relación de dominación, que es una relación construida histórica y culturalmente, se ha afirmado siempre como una diferencia de naturaleza irreductible, universal. Lo esencial no es, pues, oponer, término a término, una definición biológica y una definición histórica de la oposición masculino/femenino, sino más bien identificar, para cada configuración histórica, los mecanismos que enuncian y representan como "natural" (por tanto biológica) la división social (por tanto histórica) de los roles y de las funciones. La lectura natural de la diferencia entre lo masculino y lo femenino está fechada históricamente, ligada a la desaparición de las representaciones médicas de la similitud entre los sexos y a su reemplazo por el inventario indefinido de sus diferencias biológicas. Como lo constata Thomas Laqueur, a partir de fines de siglo XVIII al "discurso dominante [que] veía en los cuerpos masculinos y femeninos versiones ordenadas jerárquicamente, verticalmente, de un solo y mismo sexo", lo sucede "una anatomía y una fisiología de lo inconmensurable".²⁵ Inscrita en las prácticas y en los hechos, organizando la realidad y lo cotidiano, la diferencia sexual está desde siempre construida por los discursos que la fundamentan y la legitiman. Pero éstos se arraigan en posiciones y en intereses sociales que, en este caso, deben garantizar la sujeción de las unas y la dominación de los otros. La historia de las mujeres, formulada en los términos de una historia de las relaciones entre los sexos, ilustra bien el desafío lanzado hoy en día a los historiadores: ligar la construcción discursiva de lo social y la construcción social de los discursos.

Hay otro desafío que no es menos temible. A partir de la constatación, totalmente fundada, según la cual toda historia, cualquiera que ésta sea, es siempre un relato organizado a partir de figuras y de fórmulas que movilizan las narraciones imaginarias, algunos han terminado por anular toda distinción entre ficción e historia puesto que ésta no es más que una "fiction-making operation" (operación hacedora de ficción), según la expresión de Hayden White. La historia no aporta más (o menos) un verdadero conocimiento de lo real que una novela, y es totalmente ilusorio clasificar y jerarquizar las obras de los historiadores en función de criterios epistemológicos que indican su mayor o menor pertinencia a dar cuenta de la realidad pasada que su objeto: "Ha habido una resistencia a considerar a las narraciones históricas como lo que manifiestamente son: ficciones verbales cuyos contenidos son tan inventados como descubiertos y cuyas formas tienen más en común con sus contrapartes en la literatura que con aquéllas en las ciencias."²⁶ Los solos criterios que permiten una diferenciación de los discursos históricos proceden de sus propiedades formales: "Un enfoque semiológico del estudio de los textos nos permite discutir la cuestión de la confianza en el texto como testigo de los sucesos

A partir de la constatación, totalmente fundada, según la cual toda la historia, cualquiera que ésta sea, es siempre un relato organizado a partir de figuras y de fórmulas que movilizan las narraciones imaginarias, algunos han terminado por anular toda distinción entre ficción e historia...



Pero si el discurso histórico no se vinculara, a través de tantos intermediarios como se quiera, a lo que llamaremos, a falta de otra cosa, la realidad, estaríamos siempre en el discurso, pero este discurso dejaría de ser histórico.

o fenómenos extrínsecos a él, hacer a un lado la cuestión de la 'honestidad' del texto, su objetividad, y ver su aspecto ideológico como un producto (ya sea de auto-interés o de interés de grupo, ya sea de impulsos conscientes o inconscientes) más que un proceso [...] Esto es para cambiar el interés hermenéutico del contenido de los textos bajo investigación a sus propiedades formales, consideradas no en términos de la relativamente vacua noción de estilo, sino más bien como un proceso dinámico de un código explícito y escondido por medio del cual se convoca y establece una subjetividad específica en el lector, quien se supone que considera esta representación del mundo como realista en virtud de su compatibilidad con la relación imaginaria que el sujeto confiere a su propia situación social y cultural."²⁷

Contra un enfoque tal o un tal "shift" (cambio), es necesario recordar que el objetivo de conocimiento es constitutivo de la intencionalidad histórica misma. Esta fundamenta las operaciones específicas de la disciplina: construcción y tratamiento de datos, producción de hipótesis, crítica y verificación de resultados, validación de la adecuación entre el discurso del saber y su objeto. Aun si escribe en forma "literaria", el historiador no hace literatura, y ello a partir del hecho de su doble dependencia. Dependencia en relación con el archivo, por tanto en relación con el pasado del cual éste es la huella. Como ha escrito Pierre Vidal-Naquet, "El historiador *escribe* y esta escritura no es ni neutra ni transparente. Se moldea bajo las formas literarias, ciertamente bajo las figuras de la retórica [...] ¿Quién lamentará que el historiador haya perdido su inocencia, que se deje tomar como objeto, que se tome a sí mismo como objeto? Pero si el discurso histórico no se vinculara, a través de tantos intermediarios como se quiera, a lo que llamaremos, a falta de otra cosa, la realidad, estaríamos siempre en el discurso, pero este discurso dejaría de ser histórico."²⁸ Dependencia, a continuación, en relación con los criterios de científicidad y las operaciones técnicas relativas a su "oficio". Reconocer sus variaciones (la historia de Braudel no es la misma que la de Michelet) no implica, por tanto, concluir que estas restricciones y criterios no existen, y que las únicas exigencias que frenan la escritura histórica son aquellas que gobiernan la escritura de ficción.

Dedicados a definir el régimen de científicidad propio de su disciplina, que sólo puede mantener su ambición de enunciar lo que ha sido, los historiadores han escogido diversos caminos. Algunos están relacionados con el estudio de aquello que ha hecho y hace posible la producción y la aceptación de lo falso en la historia. Como lo han demostrado Anthony Grafton²⁹ y Julio Caro Baroja,³⁰ las relaciones entre las falsificaciones y la filología son estrechas y recíprocas, entre las reglas a las que deben someterse los falsarios y los progresos de la crítica documental. Así, el trabajo de los historiadores sobre lo falso, que cruza el de los historiadores de las ciencias, ocupados con la mandíbula de Moulin-Quignon o el cráneo de Piltwon, es una forma paradójica, irónica, de reafirmar la capacidad de la historia para establecer un verdadero saber. Gracias a sus técnicas propias, la disciplina es apta para hacer que se reconozcan los falsos como tales, y por consiguiente para denun-

ciar a los falsarios. Es entonces, volviendo sobre estas desviaciones y sus perversiones, como la historia demuestra que el conocimiento que ella produce se inscribe en el orden de un saber controlable y verificable, considerando que está equipada para resistir a lo que Carlo Ginzburg ha designado como "la máquina de guerra escéptica" que niega a la historia toda posibilidad de contar con la realidad que fue y de separar lo verdadero de lo falso.³¹

Sin embargo, ya no es posible pensar el saber histórico instalado en el orden de lo verdadero, dentro de las categorías del "paradigma galileano", matemático y deductivo. El camino es, así, forzosamente estrecho para quien intente negar, al mismo tiempo, la reducción de la historia a una actividad literaria de simple curiosidad, libre y aleatoria, y la definición de su científicidad a partir del único modelo de conocimiento del mundo físico. En un texto al que siempre hay que volver, Michel de Certeau formuló esta tensión fundamental de la historia. Esta es una práctica "científica" productora de conocimientos, pero una práctica cuyas modalidades dependen de las variaciones de sus procedimientos técnicos, de las restricciones que le imponen el lugar social y la institución del saber donde ésta es ejercida, o incluso de las reglas que necesariamente gobiernan su escritura. Lo que puede igualmente enunciarse así: la historia es un discurso en el que intervienen construcciones, composiciones, figuras que son las de la escritura narrativa, por tanto de la ficción, pero que, al mismo tiempo, produce un cuerpo de enunciados "científicos" si por ello entendemos "la posibilidad de establecer un conjunto de reglas que permitan 'controlar' las operaciones proporcionadas a la producción de objetos determinados".³²

Lo que Michel de Certeau nos invita aquí a pensar es lo propio de la comprensión histórica. ¿Bajo qué condiciones podemos tener por coherentes, plausibles, explicativas las relaciones instituidas entre los índices, las series o los enunciados que construyen la operación historiográfica y, por otro lado, la realidad referencial que ellos pretenden "representar" adecuadamente? La respuesta no es fácil pero es seguro que el historiador tiene la tarea específica de dar un conocimiento apropiado, controlado de esta "población de muertos-personajes, mentalidades, precios" que son su objeto. Abandonar esta intención de verdad, posiblemente desmesurada pero con seguridad fundadora, sería dejar el campo libre a todas las falsificaciones, a todos los falsarios que, porque traicionan el conocimiento, hieren la memoria. Los historiadores, al hacer su tarea, deben estar alertas, vigilantes.

...la historia es un discurso en el que intervienen construcciones, composiciones, figuras que son las de la escritura narrativa, por tanto de la ficción, pero que, al mismo tiempo, produce un cuerpo de enunciados "científicos"...



Notas

¹ "Histoire et sciences sociales. Un tournant critique?", *Annales ESC*, 1988, pp. 291-293 (cita pp. 291-292).

² David Harlan, "Intellectual History and the Return of Literature", *American Historical Review*, 94, junio de 1989, pp. 879-907 (cita p. 881).

³ Carlo Ginzburg, "Spie. Radici di un paradigma indiziario", *Miti, emblemi, spie. Morfologia e storia*, Turin, Einaudi, 1986, pp. 158-209 (traducción francesa, "Traces. Racines d'un paradigme indiciaire", *Mythes*,

emblèmes, traces. Morphologie et histoire, París, Flammarion, 1989, pp. 139-180) [edición en español: "Indicios. Raíces de un paradigma de inferencias indiciales", *Mitos, emblemas e indicios. Morfología e historia*, Barcelona, Editorial Gedisa, 1989, pp. 138-175].

⁴ Giovanni Levi, *L'eredità immateriale. Carriera di un esorcista nel Piemonte del seicento*, Turín, Einaudi, 1985 (traducción francesa, *Le pouvoir au village. Histoire d'un exorciste dans le Piémont du XVIIe siècle*, París, Gallimard, 1989) [edición en español: *La herencia inmaterial. La historia de un exorcista piemontés del siglo XVII*, Madrid, Editorial NEREA, 1990]; Jaime Contreras, *Sotos contra Riquelmes. Regidores, inquisidores y criptojudíos*, Madrid, Anaya/Muchnik, 1992.

⁵ Giovanni Levi, "Les usages de la biographie", *Anales ESC*, 1989, pp. 1325-1336 (cita pp. 1333-1334).

⁶ Jaime Contreras, *Sotos contra Riquelmes*, op. cit., p. 20.

⁷ Michel de Certeau, *L'écriture de l'histoire*, París, Gallimard, 1975 [edición en español: *La escritura de la historia*, 2a. ed. 1993, México, Universidad Iberoamericana].

⁸ Paul Ricoeur, *Temps et récit*, París, Editions du Seuil, 1983-1985, 3 tomos.

⁹ Jacques Rancière, *Les mots e l'histoire. Essai de poétique du savoir*, París, Editions du Seuil, 1992, p. 21.

¹⁰ Hayden White, *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*, Baltimore y Londres, The Johns Hopkins University Press, 1973 [edición en español: *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992]; *Tropics of Discourse. Essays in Cultural Criticism*, Baltimore y Londres, The Johns Hopkins University Press, 1978, y *The Content of the Form. Narrative Discourse and Historical Imagination*, Baltimore y Londres, The Johns Hopkins University Press, 1987 [El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica, Barcelona, Ediciones Paidós, 1992].

¹¹ Reinhart Koselleck, "Erfahrungswandel und Methodenwechsel. Eine historisch-antropologische Skizze", *Historische Methode*, bajo la dirección de C. Meier y J. Rüsen, Munich, 1988, pp. 13-61.

¹² Philippe Carrard, *Poetics of the New History. French Historical Discourse from Braudel to Chartier*, Baltimore y Londres, The Johns Hopkins University Press, 1992.

¹³ John E. Toews, "Intellectual History after the Linguistic Turn: the Autonomy of Meaning and the Irreducibility of Experience", *American Historical Review*, 92, octubre 1987, pp. 879-907, (cita p. 882).

¹⁴ Keith Michael Baker, *Inventing the French Revolution. Essays on French Political Culture in the Eighteenth Century*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990, p. 9 y p. 5 (traducción francesa parcial *Au tribunal de l'opinion. Essais sur l'imaginaire politique au XVIIIe siècle*, París, Payot, 1993).

¹⁵ Marcel Gauchet, "Changement de paradigme en sciences sociales?", *Le Débat*, 50, 1988, pp. 165-170 (cita p. 169).

¹⁶ Gabrielle M. Spiegel, "History, Historicism, and the Social Logic of the Text in the Middle Ages", *Speculum. A Journal of Medieval Studies*, vol. 75, núm. 1, enero 1990, pp. 59-86 (cita p. 60).

¹⁷ Pierre Bourdieu, *Choses dites*, París, Les Editions de Minuit, 1987, p. 76.

¹⁸ Stephen Greenblatt, "Towards a Poetics of Culture", en *The New Historicism*, bajo la dirección de H. A. Veeger, Nueva York y Londres, Routledge, 1989, pp. 1-14 (cita p. 12).

¹⁹ Sobre la obra de Norbert Elias ver *Materialien zu Norbert Elias' Zivilisationstheorie*, bajo la dirección de P. Gleichmann, J. Goudsblom y H.

Korte, Francfort-sur-le-Main, Suhrkamp, 2 vols., 1977 y 1984; Hermann Korte, *Über Norbert Elias, Das Werden eines Menschenwissenschaftlers*, Francfort-sur-le-Main, Suhrkamp, 1988; Stephen Mennell, Norbert Elias, *Civilization and the Human Self-Image*, Oxford, Basil Blackwell, 1989, y Roger Chartier, "Formation sociale et économie psychique: la société de cour dans le procès de civilisation", prefacio a Norbert Elias, *La société de cour*, París, Flammarion, 1985, pp. I-XXVIII [edición en español: "Formación social y economía psíquica: la sociedad cortesana en el proceso de civilización", *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*, Barcelona, Editorial Gedisa, 1992, pp. 81-104] y "Conscience de soi et lien social", introducción a Norbert Elias, *La société des individus*, París, Fayard, 1991, pp. 7-29.

²⁰ Louis Marin, *Le portrait du roi*, París, Les Editions de Minuit, 1981, y *Des pouvoirs de l'image. Gloses*, París, Editions du Seuil, 1993.

²¹ Bronislaw Geremek, *Inutiles au monde. Truands et misérables dans l'Europe moderne (1350-1600)*, París, Editions Gallimard/Julliard, 1980, y *La potence ou la pitié. L'Europe et les pauvres du Moyen Age à nos jours*, París, Gallimard, 1987 [edición en español: *La piedad y la horca. Historia de la miseria y de la caridad en Europa*, Madrid, Alianza Editorial, 1989].

²² Carlo Ginzburg, *I Benandanti. Stregoneria e culti agrari tra Cinquecento e Seicento*. Turín, Einaudi, 1966 (traducción francesa, *Les batailles nocturnes. Sorcellerie et rituels agraires aux XVIe et XVIIe siècles*, París, Flammarion, 1984).

²³ Pierre Bourdieu, *La noblesse d'Etat. Grandes écoles et esprit de corps*, París, Les Editions de Minuit, 1989, p. 10.

²⁴ Arlette Farge y Michelle Perrot, "Au-delà du regard des hommes", *Le Monde des Débats*, núm. 2, noviembre 1992, pp. 20-21.

²⁵ Thomas Laqueur, *Making Sex. Body and Gender from the Greeks to Freud*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1990 (traducción francesa, *La fabrique du sexe. Essai sur le corps et le genre en Occident*, París, Gallimard, 1992, p. 38).

²⁶ Hayden White, *Tropics of Discourse*, *op. cit.*, p. 82.

²⁷ Hayden White, *The Content of the Form*, *op. cit.*, pp. 192-193.

²⁸ Pierre Vidal-Naquet, *Les assassins de la mémoire. Un Eichmann de papier et autres études sur le révisionnisme*, París, La Découverte, 1987, pp. 148-149.

²⁹ Anthony Grafton, *Forgers and Critics. Creativity and Duplicity in Western Scholarship*, Princeton, Princeton University Press, 1990 (traducción francesa, *Fausseurs et critiques. Créativité et duplicité chez les érudits occidentaux*, París, Les Belles Lettres, 1993).

³⁰ Julio Caro Baroja, *Las falsificaciones de la historia (en relación con la de España)*, Barcelona, Seix Barral, 1992.

³¹ Carlo Ginzburg, "Préface" à Lorenzo Valla, *La donation de Constantin*, texto traducido y comentado por J. B. Giard, París, Les Belles Lettres, 1993, pp. IX-XXI (cita p. XI).

³² Michel de Certeau, "L'opération historiographique", *L'écriture de l'histoire*, *op. cit.*, pp. 63-120.

